

El papa ario

Mario Escobar



Libros publicados de Mario Escobar

1. El mesías ario
2. El secreto de los assassini
3. La profecía de Aztlán
4. El dedo de Dios
5. El testamento del diablo
6. La profecía maya
7. El papa ario

Título original: El papa ario

Primera edición

© Mario Escobar Golderos, 2013

Ilustración de portada: © Enrique Iborra

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2013, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-219-2 Depósito legal: M-18173-2013

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS



Campo de concentración de Auschwitz, en el que se hicieron estudios médicos y antropológicos a prisioneros.

Prólogo

Auschwitz, junio de 1943

Su cuerpo comenzó a templarse bajo el sol del verano. Sophie cerró los ojos y suspiró al recordar Berlín y la villa que había sido su hogar los últimos años. Su trabajo de enfermera en el Hospital Judío de Berlín los había mantenido a salvo a los tres durante un tiempo. Sus padres, Abraham y Lieschen, fueron apresados a mediados de mayo y enviados a Auschwitz. Ella corrió la misma suerte cinco días después.

Apretó los párpados, dirigiendo su cara hacia el sol, y se pasó la lengua por los labios al imaginar lo agradable que sería fumarse un cigarrillo. Sus piernas, antes esbeltas, estaban perdiendo su atractivo, y su cuerpo delgado se perdía en el traje áspero y sucio de tela de saco. Sophie tocó instintivamente su cabeza, pero el contacto con el pelo corto la estremeció. Era afortunada al no tener un espejo cerca. Prefería no verse, aunque el aspecto de sus compañeras no le dejaba lugar a dudas sobre cuál debía ser el suyo.

Sophie miró a un lado y al otro e intentó cambiar de postura para relajar el dolor de sus piernas. Llevaban varias horas esperando frente al bloque 28, todos sabían cuál era el uso que se daba a aquel tétrico lugar.

Uno de los capos les ordenó que pasaran al interior y el grupo comenzó a desfilar hasta la puerta. Dentro, varios hombres con batas blancas sobre sus uniformes de las SS los esperaban. Los médicos les mandaron que se desnudaran y Sophie notó el rubor que cubría sus mejillas cuando comenzó a quitarse la ropa. No era una niña, a sus treinta y tres años de edad sabía lo que era ser escrutada por los ojos de un hombre, aunque este la despreciara por su condición de judía.

Cuando observó a los ciento cincuenta hombres y mujeres que tenía alrededor, se percató de un detalle aterrador. Todos y cada uno de ellos eran jóvenes, atractivos, con cuerpos bien formados. Nada que ver con los miles de desgraciados que se hacinaban en los bloques o sencillamente vegetaban con la mirada perdida y los ojos muy abiertos. Un escalofrío recorrió la espalda desnuda de Sophie y el vello se le erizó de inmediato. ¿Qué iban a hacerles aquellos médicos?

Un hombre joven, alto, rubio y sonriente entró en la sala y saludó con amabilidad a los prisioneros. Debajo de su bata vestía un uniforme de Hauptsturmführer de las SS y las dos calaveras de sus solapas brillaban bajo la luz fluorescente.

—Por favor, cooperen y no les sucederá nada. Se lo prometo. Queremos hacerles unas mediciones y luego los dejaremos tranquilos. Si se portan bien, recibirán una ración extra de comida —dijo el oficial con su cara infantil, mientras se mesaba la barba corta y rubia.

El ambiente se relajó al instante, el joven oficial extrajo algunos instrumentos metálicos de un maletín negro y, con un gesto, indicó a una mujer que se aproximara. La prisionera dio un paso y se tapó instintivamente el pubis y los pechos, como si al escapar de la masa de cuerpos hubiera tomado conciencia de su desnudez. El oficial la miró con simpatía y comenzó a escrutar sus rasgos, la forma de su cuerpo y la apartó con cuidado hacia un lado. Poco a poco los prisioneros desfilaron delante de él. A algunos apenas les dedicaba una mirada y eran rechazados con desaprobación, otros eran examinados detenidamente, medidos y calibrados. Después leía el número marcado en el brazo del prisionero y un ayudante lo apuntaba en un formulario.

Cuando Sophie vio que el oficial la señalaba, titubeó unos instantes antes de acercarse. El hombre la miró con detenimiento, pero con cierta frialdad. Después acercó su rostro al de ella. Sophie pudo oler el perfume del oficial y cuando este pronunció su número en alto, pegó un respingo y corrió hacia el lugar de los elegidos. Mientras observaba cómo los prisioneros que no habían sido seleccionados salían del bloque, pensaba que había tenido suerte.

Primera parte

Un hombre bueno

Universidad Libre de Berlín, 20 de diciembre de 2014

La sala se transformó en el senado de Roma y Allan Haddon comenzó a pasearse delante del centenar de estudiantes como lo habría hecho Julio César más de dos mil años antes. La realidad virtual ayudaba a los alumnos a ponerse en situación, aunque las palabras del docente más joven de Óxford tenían suficiente interés por sí mismas.

El profesor caminó entre las sillas del auditorio mientras los estudiantes lo seguían con la mirada. Todos lo conocían, se había convertido en poco tiempo en una estrella de la antropología al publicar su famoso libro *De gusanos y hombres*. El libro había sido condenado por la Iglesia católica. Las posturas radicales de Allan convertían a los hombres en poco más que un montón de genes sin valor, igualándolos a los gusanos.

—La antropología ha logrado en poco tiempo desmontar las teorías históricas que colocaban al hombre en la cima de la vida biológica terrestre. Nosotros estudiamos al ser humano de una forma holística. La historia tan solo se ocupaba de una faceta meramente casuística. La antropología ha desvelado las grandes mentiras que la historia había mantenido durante siglos —expuso Allan al auditorio.

Un joven con indumentaria rapera levantó la mano y el profesor le dio la palabra con un gesto de la cara.

—Profesor Haddon, ¿nos está diciendo que la historia es pura fantasía, pero que la antropología es la verdadera ciencia que estudia al hombre?

—Veo que lo ha captado. Cuando a mediados del siglo XVIII, Jorge Luis Leclerc, conde de Bufón, unió dos ramas aparentemente distintas, la historia

natural y la historia cultural, el estudio del hombre cambió por completo. Hasta ese momento habíamos sido la especie elegida y teológicamente éramos más parecidos a Dios que al chimpancé. Leclerc demostró a los sabios de su tiempo que el hombre era un animal más. Ahora hemos dado un paso hacia delante, el hombre es un virus mutado que está destruyendo el único planeta en el que se han detectado formas de vida complejas.

Una chica rubia levantó la mano justo al lado del profesor y este, con dos rápidas zancadas, se puso delante.

—Profesor Haddon, ¿la antropología no fue el instrumento utilizado por el colonialismo para legitimar la esclavización de las culturas de África y Asia? ¿No lo utilizaron los alemanes para justificar sus locuras raciales?

—Esos son los argumentos de los enemigos de la ciencia. La antropología contribuyó, más que ninguna otra disciplina, al conocimiento del hombre primitivo. La colonización de otras partes del mundo permitió conocer algunas fases primitivas de civilización y, gracias a los antropólogos, muchas de ellas quedaron registradas antes de su desaparición. A finales del siglo XIX se crearon instituciones como el Bureau of American Ethnology y el Smithsonian Institute, que sentaron las bases de la antropología clásica, aunque no fue hasta los años sesenta del siglo XX cuando se empezó a desarrollar de verdad la antropología social y cultural.

—Entonces, ¿los estudios de los años veinte y treinta no pueden considerarse antropológicos? —preguntó de nuevo la joven rubia.

Allan rodeó las sillas y se acercó a la muchacha mientras la realidad virtual de la presentación volvía a cambiar. De repente todos se encontraron en un viejo templo egipcio.

—Los orígenes del hombre son muy antiguos y a principios del siglo XX hubo antropólogos de gran renombre.

La voz de una chica de color interrumpió al profesor Haddon.

—Hay decenas de antropólogos franceses, ingleses y americanos que desarrollaron su trabajo en la primera mitad del siglo XX. Creo que es fácil caer en el tópico de los antropólogos racistas que se creen por encima de los indígenas que investigan.

Allan se acercó hasta la muchacha y se apoyó en la mesa.

—Gracias, señorita, aunque no necesitaba su ayuda. Yo conocí a uno de los mejores antropólogos de todos los tiempos: Edward Evan Evans-Pritchard. Fue profesor de mi madre y yo tuve la oportunidad de pasar mucho tiempo con él. La antropología es la ciencia más noble que existe.

—Estoy de acuerdo, aunque hay que reconocer que no le falta ni paternalismo ni nepotismo —contestó la chica negra.

El profesor se alejó de las sillas y regresó a la zona del atril. El escenario se transformó en una sala futurista.

—No sabemos qué nos deparará el destino, pero la antropología siempre contribuirá al conocimiento del ser humano y, libres por fin de mitos, creencias y viejos cuentos de hadas, nos miraremos en el espejo del lago primigenio del cual salimos.

La clase comenzó a aplaudir, el profesor Haddon apagó el ordenador y el aula volvió a su forma material. Después, mientras guardaba sus cosas, atendió a varias alumnas interesadas en estudiar en Óxford. El murmullo fue reduciéndose hasta que el aula se vació por completo. El profesor recogió el maletín y se dirigió a la puerta, pero antes de llegar a ella casi choca de bruces con la chica negra que había intervenido en la conferencia.

—Profesor Haddon...

—¿Sí? —contestó levantando la vista.

—El profesor Giorgio Rabelais ha desaparecido.

Roma, 20 de diciembre de 2014

Levantó la cabeza y observó la habitación a oscuras. Logró murmurar una breve oración. No le quedaba mucho tiempo y todavía sentía que le faltaban muchas cosas que arreglar antes de morir. La sola idea de desaparecer lo turbó por unos momentos, después recuperó la calma y notó que el ejercicio de la oración comenzaba a relajarlo.

Un ruido lejano le aceleró el corazón. Los pasos se acercaban e intentó rezar más rápido, como si terminar aquella corta plegaria pudiera retrasar su final o darle fuerzas para morir.

La puerta chirrió y un hombre corpulento entró en la habitación. Esta vez no iba solo. A su lado, una sombra pequeña se acercó a él y, en tono despectivo, comenzó a hablarle.

—Veo que no has olvidado la utilidad de la oración —comentó sarcásticamente el hombrecito.

Se hizo un silencio y, durante unos segundos, su respiración entrecortada parecía el único sonido que quedaba en el mundo.

—Espero que la meditación te haya hecho reflexionar sobre tu condición actual. No te conviene seguir mintiendo. La verdad es liberadora, ¿no es cierto? La verdad nos hace libres —dijo el hombre. Después se acercó y levantó, asiéndola por el pelo, la cabeza inclinada de su prisionero.

Los ojos de los dos se cruzaron unos instantes y la víctima pudo ver el temor en los ojos del verdugo. El hombre pequeño apartó la mirada y con un gesto seco ordenó al gigante que actuara.

Los gritos comenzaron a crecer a medida que los golpes se sucedían sin descanso. El prisionero no habló, su dolor se parecía al de su maestro, clavado en una cruz dos mil años antes, y al de miles de mártires de aquella Roma eterna, donde los hombres seguían naciendo y muriendo como siempre.

Berlín, 20 de diciembre de 2014

—Hay algo decadente en esta ciudad que no deja de fascinarme —dijo Allan mientras descendía del taxi. Ruth Kerr lo miró y sonrió. La entrada del hotel donde se alojaba no era gran cosa y aquel barrio del antiguo Berlín del Este parecía un montón de basura que alguien se había olvidado de recoger.

—¿Usted cree?

—Por favor, no me hables de usted. Eso está bien para las clases y las conferencias —dijo Allan exhibiendo sus perfectos dientes blancos.

Ruth lo observó detenidamente. Era guapo, elegante y sofisticado, y eso la inquietaba. Su amigo común, Giorgio Rabelais, le había asegurado que Allan Haddon era, además de un experto en antropología de las religiones, el hombre que podía protegerla y ayudarla en caso de necesidad, pero lo que parecía el profesor era un *gentleman* que en algún momento intentaría llevársela a la cama.

—No hacía falta que me acompañaras hasta el hotel —dijo Ruth pasando delante de aquel hombre en la puerta giratoria.

—Es muy tarde, nuestra charla en la cafetería se ha alargado demasiado. No podía dejar que una señorita se fuera a casa sola. Te acompañaré hasta la puerta de la habitación y después me iré.

Ruth se parecía demasiado a esas veinteañeras que dejaban bien claro desde el principio que no necesitaban a los hombres para nada, pero que corrían hacia ellos aterrorizadas en cuanto las cosas comenzaban a complicarse. Sus ojos negros, su piel caramelo y su pelo rizado lo atraían.

No le llamaban la atención las mujeres con rasgos occidentales, le parecían demasiado previsibles. En sus viajes a África, América y Asia había descubierto la increíble fuerza que se ocultaba detrás de todas aquellas mujeres oprimidas.

Caminaron por el pasillo en silencio, como si fueran una pareja aburrida que ya no tiene nada que decirse. Cuando llegaron a la puerta, Ruth abrió con su tarjeta y después extendió su mano a Allan.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Mañana nos vemos en la universidad. Mi agenda para los dos próximos días es apretada, pero tendré un par de horas libres.

—Gracias de nuevo, profesor Haddon.

—Allan.

—Perdona, Allan.

La joven entró en la habitación a oscuras y él se dio media vuelta, caminando con paso rápido hacia el ascensor. Se sentía un poco decepcionado, por un instante se le pasó por la cabeza que la joven lo invitaría a entrar, pero no siempre conseguía seducir a todas las mujeres.

Justo cuando apretaba el botón del ascensor, un grito lo hizo pararse en seco. Se giró para comprobar de dónde venía el ruido y se lanzó a la carrera. Era del cuarto de Ruth, estaba seguro.

Toledo, 20 de diciembre de 2014

La hermosa catedral estaba iluminada por los potentes focos exteriores, pero cuando Pedro atravesó la puerta del palacio episcopal, las luces se apagaron de repente. La escalera estaba casi a oscuras. Ascendió a paso ligero, con la sotana remangada y la cabeza en otra cosa. No le gustaba su jefe. Monseñor Yagüe, su superior, era el primado de España, pero sobre todo era un tipo implacable.

Pedro atravesó el pasillo y se dirigió hasta el dormitorio del arzobispo. Llamó a la puerta y entró sin esperar contestación. La gigantesca cama con dosel y recubierta de terciopelo rojo estaba vacía. Monseñor se encontraba sentado tras su escritorio. Tenía el ordenador conectado y en sus gafas redondas se reflejaba el brillo de la pantalla. El arzobispo no parecía el típico príncipe de la Iglesia. Era delgado, con ojos pequeños, brillantes y azules. Su frente despejada y su breve bigote atenuaban lo aniñado de su cara. No era normal que los miembros de la Iglesia de Roma llevaran barba o bigote, pero él no era un religioso corriente.

—Reverendísimo señor arzobispo —dijo Pedro besando el anillo de su superior.

—¿Por qué se ha retrasado tanto? Llevo más de una hora esperándolo —contestó el arzobispo, apagando el monitor.

—Lo lamento, pero quería venir con noticias frescas.

—¿Y bien...? —dijo, apremiando al cura.

—Se ha confirmado la desaparición de Giorgi Rabelais, como si se lo hubiera tragado la tierra.

—No puede ser. Es uno de nuestros mejores antropólogos del Vaticano, el profesor católico más prestigioso del mundo. ¿Qué dice la policía de Roma?

—No pueden comenzar la búsqueda hasta pasada una semana. El profesor Rabelais es un hombre adulto y puede ausentarse cuando quiera sin dar explicaciones —dijo Pedro, entregando el informe de la policía.

—Pero su cuarto en el Instituto Romano del Hombre estaba revuelto y había restos de sangre, según pone en este informe —dijo el arzobispo.

—La policía lo está valorando, pero tienen un protocolo de actuación que hay...

El arzobispo farfulló una queja y después miró a su interlocutor. Aquel joven era eficiente y tenaz, pero él exigía el máximo de sus colaboradores.

—Hay que convocar a los Hijos de la Luz. Por favor, encárgate de todo.

—Sí, reverendísimo señor arzobispo.

—La reunión tiene que ser mañana mismo, el lugar y la hora ya los conoces. Te puedes retirar.

El joven sacerdote dejó la estancia y se dirigió a su habitación. Notó que la tensión de la reunión lo había dejado agotado. No se acostumbraba a tratar con el arzobispo. La angustia y el temor eran demasiado fuertes. Recordó a su madre y se preguntó si aquellas Navidades podría ir a ver a su familia a Burgos. Las cosas se estaban complicando. Los miembros de los Hijos de la Luz se reunían dos veces al año, aquella reunión urgente podía complicar extraordinariamente las cosas. Tenía que ponerse manos a la obra, y rápido. Si quería que doce de las personas más ocupadas de la Iglesia pudieran estar allí al día siguiente, debía convocarlas con urgencia.

Berlín, 20 de diciembre de 2014

Allan corrió hasta la habitación. Los gritos de Ruth eran cada vez más fuertes. Cruzó el umbral y pudo ver por sí mismo el motivo de la preocupación de la joven. La cama estaba destrozada; el colchón, rasgado; el escritorio, revuelto y el gran espejo de la pared, hecho añicos. La mujer lo abrazó y él intentó valorar la situación mientras la rodeaba con sus brazos.

—Tranquila, Ruth, seguramente habrán sido unos vándalos. Berlín y muchas ciudades de Europa siguen teniendo altas cotas de pobreza, digan lo que digan. Son frecuentes los robos en los hoteles.

—No, han sido los mismos que mataron a Giorgio.

—Giorgio no está muerto, únicamente ha desaparecido. Será mejor que dejemos las cosas como están, vente a mi hotel esta noche y mañana llamaremos a la policía.

—Pero ¿cómo voy a dejar todas mis cosas?

—Es mejor que no toques nada. La policía querrá analizar las huellas y buscar pruebas.

—No sé lo que buscan, Giorgio tiene lo que me dio mi abuelo. Ni siquiera lo abrí. Se lo entregué tal y como me lo dio él.

—Será mejor que nos marchemos. Estaremos más seguros en mi hotel.

Allan sacó a Ruth de la habitación, pidió un taxi en recepción y cruzaron la ciudad desierta. En muchas aceras los sin techo se calentaban con hogueras. Europa todavía sufría los últimos coletazos de la crisis. En algunas zonas, el paro había llegado al cuarenta por ciento y se habían llegado a

ver colas para la beneficencia en las principales capitales del continente. La repatriación obligatoria de cientos de miles de inmigrantes no había logrado reducir la pobreza, en muchas zonas la violencia se había desatado y el ejército había tenido que intervenir. Desde hacía unos meses, la economía comenzaba a dar signos de recuperación, pero a mucha gente no le quedaban fuerzas para seguir adelante.

El hotel de Allan, iluminado, destacaba en medio de las calles oscuras. En la puerta, dos guardias de seguridad custodiaban el paso. Allan tuvo que presentar la documentación europea de Ruth, su aspecto no estaba bien visto en muchos de los círculos exclusivos de la alta sociedad. Allan quiso pedir una habitación para ella, pero Ruth insistió en quedarse en la del profesor, ya que era suficientemente amplia para los dos y prefería saber que él estaba cerca.

Mientras ella se daba una ducha, Allan encendió la televisión y comenzó a ver un documental de historia.

—Muchas gracias, Allan. No sé qué hubiera hecho sin ti —dijo Ruth después de salir del baño. La chaqueta del pijama del profesor le quedaba enorme, pero le confería un aspecto de lo más atractivo.

—No te preocupes por nada. Giorgio te encomendó a mí.

—¿Cómo os conocisteis? No os parecéis...

La verdad es que somos muy diferentes. Él es profundamente creyente, yo un escéptico; él es apasionado y altruista, yo me considero práctico. La amistad es imprevisible —dijo Allan acomodándose en el sillón de la habitación.

—Puedes dormir aquí si quieres. La cama es enorme —dijo Ruth dando unas palmaditas al colchón.

—Estaré bien en el sillón —dijo Allan.

—Como quieras, pero tal vez debería dormir yo en el sillón.

—Mis compañeras de la universidad me llaman machista, pero no lo puedo evitar. Yo lo llamo galantería.

Los dos se rieron y Ruth apagó la luz.

—Buenas noches.

—Que descanses, Ruth, mañana nos espera un día muy largo.

El silencio de la habitación no pudo acallar los pensamientos del profesor. Giorgio Rabelais era el tipo de hombre que se mete en líos por ayudar a su prójimo. Lo había visto en acción en Guatemala, la India y los barrios pobres de París, pero no entendía por qué lo había elegido

a él. Su compromiso con la antropología era claro: observar, teorizar, pero nunca intervenir. El hombre era algo demasiado complejo para intentar cambiarlo. Abrió los ojos y observó la paz que desprendía la cara de Ruth. Al día siguiente la metería en un avión rumbo a Barcelona y recuperaría su ritmo de vida habitual, pensaba mientras el sueño comenzaba a invadirlo.

Viena, 21 de diciembre de 2014

El murmullo fue apagándose mientras el candidato ascendía al estrado. La cena había sido un éxito. Un centenar de los hombres más ricos e influyentes de Europa se sentaban en aquella sala del hotel Hilton. Alexandre von Humboldt se apoyó en la tribuna y miró por unos instantes al público.

—Señoras y señores, les agradezco su asistencia a la gala benéfica organizada por el PGE, el Partido Global Europeo. La crisis económica del 2008 aún se deja sentir en muchas familias de nuestra amada Europa. Después de seis años de dificultades, nuestro estimado continente comienza a recuperar su fuerza. China y Japón se han convertido, junto a los países árabes, en el motor económico del mundo, pero nosotros todavía tenemos algo que decir ante el reto global de erradicar la pobreza y el hambre —dijo el político con voz suave. Sus ojos azules centelleaban bajo la luz de los focos.

El público parecía extasiado mientras observaba el rostro atractivo del candidato. Aquel hombre había logrado lo que nadie creía posible: estaba consiguiendo sacar a Alemania de la crisis, había renovado el Parlamento Europeo, había logrado que se aprobara una constitución y finalmente, se presentaba a las primeras elecciones a la presidencia de los Estados Unidos de Europa.

—Los europeos hemos creado el mundo tal y como es. Nosotros extendimos el conocimiento científico, el desarrollo, la cultura y una tradición ancestral que ha permitido al planeta convertirse en lo que es. Puede que los países asiáticos ahora tengan más dinero que nosotros, pero nosotros seguimos teniendo más genialidad. Ellos nos imitan porque ven en noso-

tros un genio, un halo que ellos nunca tendrán. Los europeos no somos un pueblo de esclavos, somos un pueblo de hombres libres. Cuando los germanos y el resto de tribus ocuparon el Imperio Romano de Occidente estaban uniendo al poder imperial latino la fuerza de la comunidad de hombres libres germana. Alemania va a salir de la crisis fortalecida, aunque muchos de nuestros ciudadanos hayan sufrido penurias. La oposición ha criticado nuestra política de repatriaciones de los últimos años. Medio millón de turcos han tenido que abandonar Alemania. Tan solo los mejor adaptados han podido quedarse. Pero lo mismo ha sucedido en Francia, Reino Unido, Italia o España. No había recursos para todos, la pobreza crecía de día en día, ¿qué podíamos hacer? ¿Ver cómo nuestros hijos morirían de hambre? Es cierto que otros continentes han padecido también la crisis. Cinco millones de africanos han muerto de hambre en los últimos cinco años, junto a dos millones de latinoamericanos, tres millones de hindúes y la lista podría continuar. Nuestras oraciones son para todos ellos y sus familias.

Un murmullo de aprobación se extendió entre los comensales. Algunas de las mujeres, vestidas de gala y con valiosas joyas, se emocionaron con las palabras del político.

—Esta cena ha sido organizada para recaudar fondos para las organizaciones benéficas católicas que están haciendo un gran trabajo en nuestra amada Europa. Dentro de unas semanas se celebrarán las elecciones para elegir el primer gobierno europeo. Hace más de cincuenta años formamos un mercado común, durante veinte años sentamos las bases de las instituciones para crear una Europa unida, pero ahora es el momento de que esa unión se complete con la formación de un gran Estado multinacional. Un Estado con muchas lenguas oficiales, con decenas de tradiciones y sensibilidades, pero donde el hecho de ser europeo nos honra. El presidente de los Estados Unidos de América nos ha mandado un mensaje de apoyo, los gobiernos de todo el mundo han felicitado al nuevo Estado que surgirá de las urnas. Muchos son también los que se oponen, pequeños intereses egoístas, que sabremos identificar y reducir a su mínima expresión. Por favor, levantemos nuestras copas por Europa —dijo el candidato alzando un vaso que le había acercado uno de los camareros.

—¡Por Europa! —contestó la multitud puesta en pie.

Roma, 21 de diciembre de 2014

Los cardenales dejaron el gran salón y dos de ellos, Rossi y Holmes, se dirigieron a la gran basílica. En los últimos años los turistas se habían reducido notablemente, lo que había afectado a las arcas vaticanas, pero el número de peregrinos crecía cada vez más. La desazón y la pobreza habían hecho que mucha gente volcara sus esperanzas en la fe, aunque también eran frecuentes los asaltos a iglesias. Numerosas voces acusaban a la santa institución de no compartir sus riquezas con los pobres, y solo se fijaban en sus suntuosos edificios y el oropel de sus celebraciones. No entendían que, pese a eso, la Iglesia era la mayor institución benéfica del mundo.

—Es paradójico que, cuando todo el mundo creía que la Iglesia terminaría por extinguirse en Europa, los templos estén ahora abarrotados de fieles, surjan decenas de miles de vocaciones, y los hombres y las mujeres vuelven al redil —dijo el cardenal Rossi.

—Sin embargo, tenemos problemas. Las demás religiones también han aumentado su influencia y hay disturbios anticlericales en España, Francia e incluso aquí, en la misma Roma —contestó el cardenal Holmes.

—Pequeños inconvenientes, pero Dios ha devuelto su poder a la Iglesia. Europa ha reconocido sus pecados: soberbia, lujuria y avaricia —enumeró.

—Sí, cardenal Rossi, pero esperemos que la recuperación económica no nos haga perder influencia.

—El nuevo papa es el hombre más carismático del siglo XXI. Desde Juan Pablo II no teníamos un hombre tan... capaz. Aunque sigue la línea conservadora de las últimas décadas.

—No olvidemos que la lucha continúa entre el papa y la Unión Europea. El gobierno del nuevo estado debería estar aquí, y no en Berlín. De nuevo Roma sería el centro del poder político y religioso —dijo el cardenal Holmes.

—Pero eso es un asunto menor, simbólico. El estado que se formará es secular, pero nuestro peso en Europa sigue creciendo. Nadie lo hubiera pensado hace cuatro o cinco años, pero los caminos de Dios son inescrutables. Además, el candidato favorito se ha declarado católico y admirador del papa. Algunos hablan de un futuro acuerdo entre el nuevo Estado y el Vaticano que nos será muy favorable.

—Alexandre von Humboldt es un buen hombre y nos ayudará a recuperar el poder perdido —dijo el cardenal Holmes.

—Eso es lo que esperamos.

—Pío XIII y Humboldt conseguirán ellos solos lo que la Iglesia lleva intentado desde hace décadas.

El cardenal Rossi hizo un gesto a su compañero para que bajara el tono de voz.

Los dos cardenales se separaron y Holmes salió a la plaza. La multitud parecía más pobre que la de hacía una década, y aún podía verse la desesperación en sus miradas. El cardenal los observó con cierta compasión, pero a las ovejas había que guiarlas. Ellas solas no podían ir a ninguna parte y solo la Iglesia sabía el camino.

Berlín, 21 de diciembre de 2014

Dos grandes bolsas grisáceas destacaban bajo los ojos negros de Ruth. Llevaba la misma ropa que el día anterior y, a pesar de haberse duchado, no había podido maquillarse. Se miró de nuevo en el espejo del hotel y sintió que el corazón se le aceleraba. La habían seguido hasta Berlín, conocían todos sus pasos. Seguramente la estaban vigilando cuando viajó a Roma, la vieron entregar su paquete a Giorgio y ahora buscaban algo más, pero ella no tenía nada.

—Ruth, ¿estás bien? —dijo Allan desde el otro lado de la puerta.

—Sí, ya salgo.

Allan se puso a pensar en lo que le había contado la chica el día anterior: para ella, no había sido fácil quedarse huérfana con once años, criarse con su abuelo y saber que era una niña adoptada. Su abuelo, Thomas Kerr, era un sencillo empresario de Barcelona. A pesar de su origen alemán, se había adaptado muy bien a España. A ella la había educado como a una española, aunque había estudiado en el colegio alemán y conocía el idioma a la perfección. Su abuelo nunca hablaba de su país, tampoco de Olga, su mujer fallecida antes de que ella naciera. Thomas Kerr nunca hacía referencias al pasado. Ruth le había confesado que nunca le había gustado su aspecto. Quería ser como sus padres, rubia, esbelta, con grandes ojos azules. En el colegio alemán había sufrido el desprecio de muchos compañeros, pero el cariño de su familia siempre había sido su refugio.

—Ya era hora —dijo Allan, con gesto hosco. No quería que la lástima que sentía por la chica lo influyera más de la cuenta—. Tengo varios asuntos que tratar.

—Pues será mejor que los arregles. Ya has hecho mucho por mí. Iré al hotel, meteré mis cosas en una maleta y me marcharé lejos de aquí —dijo ella frunciendo el ceño.

—Lo siento. No quería ser tan brusco. Te acompañaré al hotel y después ya veremos.

—No hace falta. Mira, ya tengo veintiún años. Mi familia me ha dejado una considerable fortuna. Pasaré una temporada en los Estados Unidos hasta que las cosas se calmen. Sea quien sea el que me busca, se cansará cuando sepa que no sé nada y que no tengo nada que darle —dijo Ruth. Había angustia en su voz.

—Iremos al hotel, llamaremos a la policía y el resto ya se verá.

Allan le sonrió. Pensó en las cosas que tenía que hacer. En lo que deseaba pasar unos días en la ciudad vagabundeando como un turista más. En Óxford el trabajo era abrumador, sus clases estaban a rebosar y era muy difícil encontrar un hueco para sí mismo. Miró a la joven, pensó en su amigo Rabelais y sintió un escalofrío. Aquello estaba tomando un cariz muy serio y él no era un héroe de película.

Roma, 21 de diciembre de 2014

¿Por qué lo habían sacado fuera? Llevaba una semana encerrado en aquel sótano húmedo y apestoso, creía que nunca más vería la luz del sol. Forzó la vista y pudo contemplar el jardín de la villa. Al fondo se veían las montañas. No estaba en Roma, aunque seguramente se encontraba cerca.

—¿Ves como cumplimos nuestras promesas? Te has portado bien y nosotros queremos compensarte —dijo el hombre pequeño.

Apenas escuchó las palabras. Intentaba observar la vida que lo rodeaba. La belleza anesthesiaba sus huesos dislocados, los músculos doloridos y la sensación de asfixia que le producían las costillas rotas.

—Dinos lo que queremos saber y te meteremos en un avión para Suramérica. No volveremos a verte, no te molestaremos.

El hombre levantó la cabeza con dificultad. Sabía que todo aquello formaba parte de un juego. No podía esperarle otro destino que la muerte. Si hablaba, todo sería más rápido. No temía a la muerte. Sabía que en un abrir y cerrar de ojos se vería cara a cara con su maestro Jesucristo.

—No agotes nuestra paciencia —dijo el hombre pequeño, cambiando el tono de voz.

La piel del prisionero se erizó por el frescor matutino. Se sentía tan vivo. Intentó mentir, pero no pudo.

—Allan Haddon lo tiene. Es el hombre al que deben buscar —dijo con la voz entrecortada. Se sintió como el apóstol Pedro la noche que negó a Jesús, pero era la única forma de romper los lazos que lo ataban a la vida.

—Gracias —dijo, sonriente, el hombre pequeño. Miró al gigante y le hizo un ligero gesto.

El verdugo sacó una pistola y apuntó directamente a la cabeza de su víctima. El hombre sintió el metal frío en la sien, pero ya estaba muy lejos de allí, murmurando una oración, justo antes de atravesar las puertas del Paraíso.

Berlín, 21 de diciembre de 2014

La habitación estaba tal y como la habían dejado la noche anterior. Los intrusos no se habían limitado a revolverla, la habían destrozado. Las cortinas, el colchón, las sábanas y todo el mobiliario estaban dañados. Allan entró en el cuarto intentando no pisar nada. Los cristales del suelo crujieron y se paró en seco.

—Creo que es mejor que esperemos a la policía. El recepcionista aseguró que estarían aquí en cuestión de minutos —dijo Ruth desde el umbral.

—Confío en la policía alemana, pero pueden retener pruebas durante meses. Solo quiero echar un vistazo —dijo Allan, poniéndose unos guantes de látex.

El hombre examinó los papeles que había en el suelo, abrió los armarios y miró la maleta de Ruth, pero no vio nada sospechoso o llamativo. Después se acercó a la mesa. Los cajones estaban abiertos. Un taco de folios y un bolígrafo permanecían en la mesa.

—Bueno, yo no veo nada —dijo Allan mientras se quitaba los guantes.

—Lo que me dejó mi abuelo se lo di a Giorgio.

Allan tomó uno de los folios y un bolígrafo.

—Tengo que irme, pero te apunto mi teléfono y dirección —dijo, entregándole una tarjeta.

—Gracias —contestó, decepcionada, la chica.

—Escríbeme aquí tus datos, si descubro algo de Giorgio te informaré de inmediato. Puede que esté de viaje, a veces desaparece sin más —dijo Allan intentando ser amable.

Ruth entró en la habitación, se apoyó en la mesa para escribir su dirección y teléfono, y después se lo entregó a Allan.

—Ten, muchas gracias por todo.

—Gracias a ti —dijo Allan intentando no mirar a la joven a los ojos. Después se dirigió a la puerta.

Pensó en alguna frase de despedida, pero lo único que se le ocurrió fue hacer un gesto con la barbilla y escapar de la vida de Ruth Kerr para siempre.

Berlín, 21 de diciembre de 2014

Afortunadamente había varios taxis en la entrada. Se acercó al primero y entró. Un hombre gordo y rubio le gruñó algo en alemán.

—Por favor, lléveme a la Universidad Libre de Berlín —dijo el profesor.

Hacía calor en el vehículo, y decidió quitarse el abrigo. Mientras sacaba los brazos, el papel con los datos de Ruth se cayó al suelo del automóvil.

Allan se hundió en el asiento e intentó observar la ciudad nevada. El manto blanco le hizo pensar en las nevadas de su infancia, en su familia, y en su madre, María, en su vida dedicada a su único hijo, y en la dolorosa renuncia a su carrera de antropóloga. La alumna más estimada de Edward Evan Evans-Pritchard, el mejor antropólogo social de todos los tiempos.

Su vida en Óxford le había permitido ser el niño mimado del All Souls College y uno más de los hijos de Evans-Pritchard. Él fue como el padre que nunca conoció, desaparecido en la selva de Guatemala hacía ya cuarenta años.

Allan observó la figura redondeada de la biblioteca de la universidad y pensó que se parecía demasiado a un globo medio desinflado.

—Por favor, déjeme en la puerta principal —dijo Allan haciendo un gesto con la mano.

El coche se paró frente a la entrada y Allan se apeó. Caminó despacio mientras se colocaba el abrigo. Justo cuando estaba a punto de abrir la puerta, escuchó una voz agitada detrás de él. Cuando se giró,

pudo observar la oronda figura del taxista que se acercaba hacia él con un papel en la mano. La luz atravesaba la hoja y las letras de Ruth parecían arañadas en el papel. Entonces lo vio, fue un segundo, pero vislumbró un símbolo vagamente conocido, una pequeña marca de agua que se traslucía en el papel.



Biblioteca de la Universidad Libre de Berlín.